

CRUZ, *con sequedad.*

Y un mucho. Falta dirección, sobra gente.
El trabajo no marcha con regularidad.

MONCADA

Cierto. (*Continúan hablando.*)

LA MARQUESA, *á doña Eulalia.*

¿Quién es este gagnápiro?

JAIME, *á la Marquesa.*

Es ese Cruz, de quien te hablé.

LA MARQUESA, *mirándole con impertinente.*

Ya...

EULALIA

Mala traza, ¿verdad?

JAIME

Y peores obras.

MONCADA *á Cruz, presentándole á la Marquesa.*

Nuestra amiga la señora Marquesa de Malavella. (*Presentando á Daniel.*) Su hijo, el señor Marqués de Malavella. (*Saludan inclinándose.*)

CRUZ

Por muchos años...

MONCADA, *presentando á Jaime.*

El otro hijo...

CRUZ

A éste ya le conocía... el médico. Ese otro caballerito es abogado.

DANIEL

Servidor de usted.

GABRIELA, *aparte á Jaime.*

¿Has visto qué tío más grosero?

JAIME

Nunca vi mostrenco igual.

Moncada invita á Cruz á sentarse. Obsérvese en la situación de los nueve personajes, la disposición siguiente: A la izquierda forman un grupo la Marquesa, Gabriela y doña Eulalia, sentadas, teniendo á un lado y otro á Huguet y Jaime, en pie; en el centro, Cruz y Jordana, sentados; á la derecha, Moncada sentado, Daniel en pie.

JORDANA

Lo que tiene encantado al amigo Cruz es el parque.

MONCADA

No es malo.

CRUZ

Lo miro como cosa mía.

Todos los del grupo de la izquierda.

¡Como cosa suya!

COMISIÓN DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MÉXICO

34039

CRUZ

Cierto... porque en él me crié.

Todos.

Ya.

JORDANA

El señor no reniega de su origen humilde.

CRUZ

Nunca. Nací en la indigencia. Todo lo que tengo se lo debo... á éste. (*Señalándose.*)

DANIEL

No es flojo mérito.

CRUZ

Los señoritos de carrera (*mirando á Daniel y Jaime*) ven en mí un hombre sin principios, un hombre tosco y vulgar...

DANIEL, *por cortesía.*

¡Oh! no...

LA MARQUESA, *á los de su grupo.*

¿Y decís que este cafre es riquísimo?

JAIME

El asno cargado de reliquias.

EULALIA

¡Envidioso! (*A la Marquesa.*) ¿Tú qué opinas?

LA MARQUESA

¿Yo? que se puede perdonar al animalito por las alforjas.

EULALIA, *alto.*

El amigo Cruz no se avergüenza de haber desempeñado en esta casa los oficios más bajos.

CRUZ

¿Qué he de avergonzarme? Mi padre, Magín Cruz, era el carretero de esta posesión. Vivíamos allá, junto á las tapias de Paulet, cerca del ferrocarril.

MONCADA

Cierto.

CRUZ

Mi padre sacaba los escombros y las basuras; traía estiércol y mantillo para las plantaciones, y el guijo para los paseos del jardín. Entonces, señor don Juan, usted me tuteaba... naturalmente, y me llamaba Pepet. ¿Por qué ahora no me dice también Pepet?

MONCADA

Si lo desea usted... si lo deseas, Pepet te llamaré.

CRUZ

Han pasado muchos años. Yo tenía en aquel

tiempo diez y siete ó diez y ocho, y fama de muy discolo y rebelde.

MONCADA

Hablando con franqueza, Pepet; eras un bruto.

CRUZ

Y lo soy todavía.

LA MARQUESA

Me gusta la sinceridad.

MONCADA

Cansado de luchar con tu fiereza indómita, tu padre tuvo que embarcarte.

CRUZ

Atado codo con codo... me metieron en un buque de vela que salió para Mazatlán por el estrecho de Magallanes.

LA MARQUESA

Viaje divertido.

CRUZ

Sí, señora, muy divertido: un viajecito que convendría á sus hijos de usted para que aprendieran á vivir.

GABRIELA, á Jaime.

¡Pero qué animal!

CRUZ

Volviendo á lo de mi infancia, diré que más de una vez entré en esta casa con un respeto supersticioso. Pensaba yo que entrar descalzo en la sala donde ahora estamos, era una profanación, un sacrilegio. Me parece que estoy viendo á la señora, madre de esa señorita y de su hermana. ¡Oh, la señora no era orgullosa ni finchada... tan guapa, tan benévola...! Algunas tardes, metíame yo en la cocina. (*Señalando al foro por la izquierda.*) Blasa, la cocinera, me ponía delante un plato de cocido... así. (*Indicando lo abultado de la ración.*)

JAIME

Y que no tendría usted entonces mal apetito.

CRUZ

Como ahora. Mi salud es de bronce. No sé lo que es estar enfermo. Nací para vivir mucho, y viviré.

MONCADA

Así has podido resistir tan grandes trabajos y fatigas. Pasaste después...

LA MARQUESA

¿En Méjico?

CRUZ

Y en California: beneficiando primero la plata, después el oro.

LA MARQUESA, *con admiración.*

¡Plata!

EULALIA

¡Oro!

LA MARQUESA

¿Y usted sacaba esos lindísimos metales de las entrañas de la tierra?

CRUZ

Sí, señora.

JAIME

¡Bonita industria!

CRUZ

Como bonita, no.

EULALIA

Horrible, vamos. Señor Cruz, no crea usted que aquí nos trastornamos oyendo hablar de metales más ó menos viles...

HUGUET

Eso se deja para nosotros los adoradores del becerrito. Estas señoras, cristianas bien curtidas, conservan sus almas en vinagre, ó sea en el desprecio de las riquezas.

LA MARQUESA

¡Oh, no!... Un desprecio prudente nada más, porque hay necesidades...

DANIEL

La eterna cuestión. No es el dinero bueno ni malo, sino quien lo posee.

CRUZ

Y quien no lo posee, ¿qué es?

JORDANA

Nadie lo sabe...

LA MARQUESA

Porque falta el toque.

EULALIA

Resultará siempre que el dinero es abominable.

JAIME

No; hay que distinguir.

CRUZ

Yo no distingo nada, y aseguro que el dinero es bueno. Tengo bastante sinceridad para declarar que me gusta... que deseo poseerlo; y que no me dejo quitar á dos tirones el que he sabido hacer mío con mis brazos forzudos, con mi voluntad poderosa, con mi corta inteligencia.

HUGUET

(¡Cáspita; el hombre se explica!)

JAIME, *á Gabriela.*

¡Pero qué bruto!... ¿Ves?

GABRIELA

Me repugna oírle.

DANIEL

(Naturaleza bravia, estilo crudo.)

JORDANA

(¡Vaya un mozo!)

CRUZ

Hay que dispensarme. Soy muy tosco, no entiendo de floreos; no sé adornar la palabra, ni ponerle flecos y borlitas.

EULALIA

Es usted un diamante en bruto. Le faltan las facetas.

LA MARQUESA, *en el grupo.*

No le faltan, hija, no; las tiene en el bolsillo.

EULALIA

Es preciso que vaya desmintiendo la mala opinión que se ha formado de él.

LA MARQUESA

¿Mala opinión? (*Cruz alza los hombros.*)

MONCADA

Digámoslo claro. De ti, Pepet, se cuenta que eres avaro, que amas el dinero con pasión desordenada...

EULALIA

Y que en su vida ha dado usted una limosna.

LA MARQUESA

Toma, las dará en secreto, como Dios manda.

CRUZ

No, señora; no las doy en secreto ni en público. No quiero proteger la mendicidad, que es lo mismo que fomentar la vagancia y los vicios.

JAIME, *á Gabriela.*

¿Pero has visto?

GABRIELA, *con repugnancia.*

¡Y lo dice tan fresco!

EULALIA

Vamos, que no suelta usted un cuarto así le fusilen.

HUGUET

Es que le ha costado mucho ganarlo.

JORDANA, *con adulación.*

¡Oh, mucho, mucho!

EULALIA

¿Y es cierto que tiene usted una fuerza hercúlea?

CRUZ

Así, así...

JORDANA

Se cuenta que de un machetazo le cortó la cabeza á un indio bravo.

GABRIELA

¡Qué horror!

JORDANA

¡Y qué puntería, señores! Parte un cabello á cincuenta pasos.

CRUZ

No es extraño... El continuo manejo del rifle en un país donde hay que estar siempre á la defensiva...

MONCADA

No sé quién dijo que una vez te acometieron dos tigres...

CRUZ

Aquí tengo la señal del zarpazo. (*Mostrando*

una mano, y retirando el puño de la camisa para que se vea parte del antebrazo.)

HUGUET

¡Ah! sí... ¡valiente caricia!...

EULALIA, *acercándose para examinar el antebrazo.*

Pero diga usted, ¿qué garabatos son esos que tiene usted ahí?

DANIEL, *que se ha acercado también.*

Es lo que llaman *tatuaje*.

CRUZ

Justo.

EULALIA

¡Jesús! ¡Qué horror de pintura en la misma piel! Miren, miren. (*Acércanse Huguet, Moncada y Jordana. La Marquesa, Jaime y Gabriela, permanecen alejados, expresando más bien repugnancia.*) Dos calaveras, cruces, anclas...

CRUZ

Esto se hace con pólvora y aguardiente. Costumbres de marinería.

JAIME, *en su grupo.*

Y de tribus salvajes.

EULALIA

Por Dios, señor Cruz, afínese usted un poco.

Lo conseguirá si sigue mis consejos... Lo que á usted le falta para ganarse mis simpatías, es consagrar una parte, siquiera mínima, al socorro de los necesitados.

JORDANA

(¡Á buena parte vas!)

CRUZ

Cada uno sabe lo que tiene que hacer en este punto. Reconozco y declaro que no soy pródigo, ni siquiera generoso, y, si me apuran, diré también que no soy compasivo.

GABRIELA

¡Y lo dice!

JAIME

¿Pero has oído?

EULALIA

¿Á ver? (*Curiosidad en todos.*) Explíquenos eso.

CRUZ

Pero no se asusten. El primer artículo de mi ley es cumplir estrictamente lo pactado...

!A MARQUESA, *interrumpiéndole.*

¿Y el segundo?

CRUZ

El segundo... no dar nada á nadie graciosa-

mente. El que no puede ó no sabe ganarlo, que se muera y deje el puesto á quien sepa trabajar. No debè evitarse la muerte del que no puede vivir.

MONCADA, á *Daniel.*

Lo dirá en broma.

DANIEL, *alto.*

Desconoce la compasión.

CRUZ

¡La compasión...! Lo sé por larga experiencia... es una flaqueza del ánimo que siempre nos trae algún perjuicio. ¡La compasión! Donde quiera que arrojen ustedes esa semilla, verán nacer la ingratitud.

MONCADA

Hombre, ¡por Dios! (*Asombro en todos.*)

CRUZ

Como me he formado en la soledad, sin que nadie me compadeciera, adquiriendo todas las cosas por ruda conquista, brazo á brazo, á estilo de los primeros pueblos del mundo, hállo-me amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y de la civilización.

JORDANA

Eh, ¿qué tal?

CRUZ

Digo que la compasión, según yo lo he visto, aquí principalmente, desmoraliza á la humanidad y le quita el vigor para las grandes luchas con la Naturaleza. De ahí viene, no lo duden, este sentimentalismo, que todo lo agosta: el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el poder inmenso de la influencia personal, la vagancia, el esperar todo de la amistad y las recomendaciones, la falta de puntualidad en el comercio, la insolvencia... Por eso no hay ley, ni crédito; por eso no hay trabajo, ni vida, ni nada... Claro, ustedes, habituados ya á esta relajación, hechos á lloriquear por el prójimo, no ven las verdaderas causas del acabamiento de la raza, y todo lo resuelven con limosnas, aumentando cada día el número de mendigos, de vagos y de trapisondistas.

JAIME

¡Pero qué bárbaro!

GABRIELA

Lo que tú dices: el gorilla.

EULALIA

Si bromea... ¿no lo veis?

LA MARQUESA

Da miedo este hombre.

MONCADA

Tus ideas, Pepet, son un poco extrañas.

DANIEL

¡Y tan extrañas!

EULALIA

Falta que nos diga los demás artículos de su ley moral.

GABRIELA, *levantándose.*

Dejen para otra ocasión los artículos, si han de tomar chocolate.

LA MARQUESA

Ah, si; son las tantas, y yo quisiera volver de día á Barcelona. (*Dirigese al comedor.*)

GABRIELA, *á Cruz.*

Y usted, ¿no toma chocolate?

CRUZ

Gracias, no lo gasto.

GABRIELA, *á Huguet.*

¿Y usted?

HUGUET

Luego, luego...

MONCADA, *á Gabriela, que le coge de la mano.*

¿También yo? Déjome llevar. (*Mientras se dirigen al comedor los que se indican, Huguet y Cruz*

hablan aparte en el centro del proscenio, y Daniel y Jordana á la derecha.)

DANIEL

¿Qué casta de hombre es este?

JORDANA

¿Usted lo entiende? Yo tampoco. Le alojo en mi casa, le colmo de atenciones, hasta le adulo... con la esperanza de que costee la terminación de mi grandioso hospital... y nada, no entiende mis indirectas.

DANIEL

Pero al menos prometerá.

JORDANA

Pues si prometiera... Nada. *(Apretando el puño.)* Es así... Pero no desmayo, y sigo en mi campaña. Yo soy terrible. Pordioseando con los poderosos, he levantado aquel gran monumento... En fin, ¿tomamos chocolate?

DANIEL

Sí, señor, sí... *(Pasan al comedor.)*

ESCENA VIII

CRUZ, HUGUET, *después* DOÑA EULALIA.

HUGUET

Pero, amigo Cruz, en esta ocasión crítica, en

plena conspiración, no se pinte usted con tan feos colores.

CRUZ

Me presento como soy... Hablaré con ella, y si no acierta á ver en mí lo que ver no pueden estos raquíticos jóvenes de carrera, no hemos adelantado nada.

EULALIA, *que viene del comedor á prisa, oficiosamente.*

Ea, ya estoy aquí. Facundo, la Marquesa se va pronto con sus hijos. Ya he dicho á Gabriela que en cuanto les despida, se venga acá. Usted coge á mi hermano, me le da un paseo, como que va al encuentro de los niños, y le prepara bien. *(A Cruz.)* Pero usted, bárbaro inocente, ¿por qué se complace en ennegrecer y afeár su carácter?

HUGUET

Eso le estaba diciendo. Como no nos ayude...

CRUZ

¿Qué quiere usted, que me eche polvos en la cara del alma? Si soy negro, ¿á qué he de blanquearme con harina de arroz, que, apenas puesta, se me caería, dejándome, además de negro, sucio?

EULALIA

En fin, adelante, y no perdamos tiempo. Facundo, fijese usted en la consigna.

HUGUET

Allá voy... Por mí no quedará. (*Vase por el comedor.*)

ESCENA IX

CRUZ, DOÑA EULALIA

EULALIA

¿A qué vienen esos alardes de fiereza, señor gigante Goliat?... También me ha disgustado, en las manifestaciones de usted, que no mostrara más cariño á esta casa, donde corrió inocente y plácida su infancia...

CRUZ

¡Mi infancia! Señora mía, ¿cree usted que es muy grata esa memoria?... ¡Si yo era en esta casa poco menos que un animal doméstico!... Tratábame mi padre con rigor excesivo. Recuerdo que teníamos un burro, al cual yo quería como si fuera mi hermano. Mi padre le trataba con más cariño que á mí; desigualdad que no me lastimaba. Los palos que al animal correspondían hubiéralos yo recibido en mi cuerpo por aliviarle á él.

EULALIA

¡Gracias á Dios que veo en usted un rasgo de amor al prójimo... digo... de...!

CRUZ

Cosas de la niñez... Acuérdome bien de las dos niñas, y aún me parece que las estoy viendo, tan monas, tan lindas... frescas, tiernecitas, como los tallos nuevos de las plantas cuando retoñan en primavera. Las miraba yo como á seres de raza superior, á los cuales no podía tocar, y me creía indigno hasta de fijar en ellas mis ojos. Bien grabadas conservo en mi memoria algunas impresiones de aquel tiempo. Verá usted: una tarde hallábanse las dos en la alcoba de su papá. (*Señalando á la derecha hacia lo alto.*) Yo pasaba por el jardín, llevando la carretilla... Me decían mil cosas: «Pepet, bestia, zángano, borrico», qué sé yo... Mandóme el jardinero que abriera un hoyo junto á la pared, á plomo de la ventana, y mientras cavaba, las dos niñas se entretenían en echarme salivitas... Aún me parece que siento el golpe del salivazo tibio... aquí, sobre mi cogote.

EULALIA

Una broma inocente.

CRUZ

No; si me agradaba... ya lo creo que me sa-

bía muy bien. Algunas tardes tiraba yo de un carrito en que ellas se paseaban; y yo relinchaba... y...

EULALIA

Que llegaba usted á creerse caballo.

CRUZ

Que lo era realmente... yo estoy en que lo era. Paréceme aún que veo á Gabriela y á Victoria dándome trallazos y tirándome de las riendas... Eran monísimas entonces.

EULALIA

Y hoy lo son más. La monjita es un encanto.

CRUZ

No he vuelto á verla desde entonces, ni verla deseo. Ya sabe usted que detesto á toda la caterva de frailes, clérigos y beatas, cualquiera que sea su marca, etiqueta ó vitola...

EULALIA

¡Cruz, por Dios, y me lo dice usted á mí, sabiendo que...!

CRUZ

Que es usted mojígata... quiero decir, religiosa. Pues no haremos buenas migas... Pero dejemos esto. Sigo contando: hace cuatro meses, cuando llegué aquí, vi un día á Gabriela

en la huerta de Jordana, y... lo diré seco. Pues me prendé, me enamoré de ella como un salvaje. (*Con alarde de ingenuidad.*) Diré á usted todo lo que siento. En mis sueños de hombre rico, que si el pobre sueña el rico más, he vislumbrado siempre una como rehabilitación gloriosa y triunfante de aquellas tristezas de mi niñez. Mi ilusión constante, mientras viví en América, fué poseer Santa Madrona; ser señor donde fui criado, casi igual á las bestias. Transplantada á Europa, parece que la ilusión revive y florece, fertilizada por el caudal que traigo... No sé si me explico.

EULALIA

Sí, sí... ¿Pero acaso usted guarda rencor á mi hermano?

CRUZ

Ninguno. Miro con respeto la casa, el jardín. Respeto también á la familia... Deseo asimilar-me todo esto sin ofender á las personas; al contrario, haciéndolas mías, ó que ellas me hagan á mí... suyo... ¿Es esto claro?

EULALIA

Sí, sí...

CRUZ

En fin, que cuando vi á Gabriela, pensé que la única mujer del mundo con quien yo me ca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

saría es ella... Porque yo quiero casarme, fundar una familia...

EULALIA

Es muy natural.

CRUZ

Tener muchos hijos...

EULALIA, *riendo*.

Vamos; competencia con Jordana.

CRUZ

Hijos, sí... y criarlos robustos, sanotes, para que aventajen á estas generaciones tísicas...

EULALIA

¡Qué idea, qué orgullo! ¿Cree usted que por tener tanto barro á mano podrá fabricar una humanidad nueva?... Por mi parte, no me entusiasma ver aumentado bárbaramente el número de pecadores. Por eso no he querido casarme.

ESCENA X

Dichos. HUGUET

HUGUET, *en la puerta del comedor*.

Ya se va.

EULALIA

Voy un momento. Dispénsese. Vuelvo. (*Vase por el comedor.*)

HUGUET, *avanzando*.

¿Han hablado ustedes?... (*Mirando por el fondo, donde aparecen la Marquesa y sus hijos acompañados de Gabriela, Moncada y Doña Eulalia, que salen á despedirles.*)

CRUZ

Dígame usted: ¿esa vieja aristócrata (*por la Marquesa*) tiene dinero?

HUGUET

¡Oh! no... ¡pobrecilla! Su esposo no dejó más que trampas. ¡Excelente señora! Ha pasado mil amarguras y privaciones para educar á sus hijos...

CRUZ, *con desprecio*.

¡Valiente educación!

HUGUET

Buenos chicos... aplicados...

CRUZ

De estos que todo lo esperan de los libros, de los discursos... Se morirán de hambre si no pescan una dote.

HUGUET, *observando los movimientos de los personajes que se ven en el forillo.*

Ya se fueron... Juan les acompaña hasta la verja, donde espera el coche. Voy... (*Vase por el fondo á punto que entran Doña Eulalia y Gabriela.*)

ESCENA XI

CRUZ, DOÑA EULALIA Y GABRIELA

GABRIELA, *confusa.*

¿Pero á qué me trae usted...? (*Sorprendida y aterrada al ver á Cruz.*) ¡Ah, ese hombre aquí!

EULALIA

No, no te retires. El amigo Cruz me decía hace un momento que... Vale más que él lo repita delante de ti. (*A Cruz, que está cohibido.*) Vamos; la cortedad, la timidez, se despegan de un carácter tan fiero.

GABRIELA

¿Qué significa esto?

CRUZ

Gabriela... señorita... yo...

GABRIELA, *con entereza.*

¿Usted... qué?...

CRUZ, *notando el ceño de Gabriela.*

Hace un momento contaba yo á su señora tía impresiones de mi niñez humilde.

EULALIA

Sí, cuando tú y tu hermana le echabais salivitas... y él tiraba del coche, y vosotras le deciais «¡arrel!»

GABRIELA, *con desabrimiento.*

No me acuerdo de nada de eso.

CRUZ

Ha pasado el tiempo. Su oficio es pasar, correr, mudando y revolviendo todas las cosas, en la corteza, se entiende, que en lo de dentro, no hay poder que las cambie. Siempre somos lo mismo. Cosas que nos parecen extraordinarias, inauditas, han pasado millones de veces... Por ejemplo, esto.

GABRIELA

¿Qué?

CRUZ

Pues... esto. En fin, Gabriela, hablaré, como acostumbro, en plata de ley. ¿Tendría usted inconveniente en casarse conmigo?

GABRIELA, *espantada.*

¡Oh... por Dios... basta!

EULALIA

Pero, hija, no es para ofenderse.

GABRIELA

No puedo oír lo que usted dice, ni aun oyéndolo como broma... que me parece de muy mal gusto.

CRUZ, *contrariado, sofocando su ira.*

Bueno... Agradezco la claridad con que se expresa.

GABRIELA

Y no teniendo más que decir, me retiro.

EULALIA, *cogiéndola de la mano.*

No, no te vas. ¿Y si yo te dijera que á tu padre, por circunstancias que no son del caso, le sería muy grato...?

CRUZ

Tampoco me importa la opinión del papá. Ya conozco la suya, y me basta.

EULALIA

Ella lo pensará... Estas proposiciones no se contestan sin un poquito de melindre, y de sí, no, y veremos...

GABRIELA, *con austera dignidad.*

Ya he respondido, y nada tengo que añadir.

¡Que á mi padre pueda ser grato!... No, no le conoce quien le supone capaz de sacrificarme. (*Angustiada.*) No, imposible... Y por fin (*con gran energía*), si mi padre me mandase querer á ese hombre, no le obedecería, no podría obedecerle... Dueño es de mis actos; pero en mis afectos, sólo puede mandar Dios, Dios, que los ha creado en mí...

CRUZ, *con sarcasmo.*

Si... ¡Y Dios es quien ha plantado en el alma de usted esa flor raquílica, esa hierba sin fruto... el amor á uno de los hijos de la Marquesa...! ¡Ay, dispéñeme usted, señora! (*Por Doña Eulalia.*) No puedo contenerme... Entrame la calentura...

EULALIA, *asustada.*

¡Eh..., por Dios, ya se descomponel...

CRUZ

Duéleme haber dado este paso, haber manifestado un sentimiento que no resulta correspondido, ni comprendido siquiera... (*Accionando con rudeza y alzando la voz.*) Mi orgullo cruje al sentir el tremendo rechazo... Me ciego, me trastorno, no sé lo que digo. No se espanten de que las manotadas de la bestia herida alcancen ¡quien... (*Paseándose furioso.*)

GABRIELA, *espantada*.

¿Pero está loco?

EULALIA, *queriendo amansarle*.

Señor Cruz...

CRUZ, *gesticulando y entregado sin freno alguno de conveniencias á su cólera brutal*.

No se resigna al agravio quien ha vencido peligros de la tierra y del agua; quien no ha temido á las fieras, ni á hombres peores que animales; quien ha triunfado de la Naturaleza... (*Apretando los puños.*) No, no se resigna el hombre para quien no han sido bastante duras las entrañas de las rocas, ni bastante intrincadas las selvas, llenas de reptiles venenosos... No, mil veces; no soporto que me humille, que me pisotee... una muñeca sin reflexión, que resulta más dura que las peñas, más impenetrable que los bosques, más árida que los desiertos pedregosos, más brava que los abismos de la mar.

GABRIELA, *aterrada*.

Será preciso llamar...

EULALIA, *llevándose las manos á la cabeza*.

¡Pero, Cruz... por la del Redentor!...

CRUZ

No oigo nada, no quiero saber más. Me voy

de esta casa. ¡Que lo pierdan todo, que se arruinen, que se mueran, que se deshonren!... Vengan los señoritos de carrera (*con ira y mofa*), enclenques, escrofulosos, ineptos, parlanchines... vengan á poner puntales á la casa de Moncada... Abur.

EULALIA, *queriendo detenerle*.

¿Pero se va?... escuche...

ESCENA XII

GABRIELA, DOÑA EULALIA, JORDANA

GABRIELA, *sentándose desvanecida, como amenazada de un síncope*.

Dios mío... ¿qué hombre es este?

EULALIA

¡Jesús me valga!... Hija, cálmate... Perdona... yo creí... En rigor de verdad, yo no me he metido en nada... Cosas de Hugué...

JORDANA, *entrando por el foro*.

¿Se fué mi huésped?

EULALIA

Sí, y Dios quiera que no vuelva más. ¡Qué genio de hombre!

JORDANA, *advirtiendo la emoción de Gabriela.*

¿Pero qué ha ocurrido?

EULALIA

Nada, nada...

JORDANA

¡Ah! ¿No saben?... Ha llegado Victoria... Ahora mismo atravesó el parque con otra monja, y creyendo que aquí había visita, entró en la casa por la puerta de allá. (*Señalando á la derecha.*)

EULALIA

Bueno; luego la veremos. (*Como deseando que se marche.*) Su amigo y huésped salió de aquí furioso... Corra usted tras él; procure calmarle... ¡Ay, Dios mío!

JORDANA

(¿Qué será esto?) (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XIII

GABRIELA, DOÑA EULALIA, MONCADA; HUGUET
por la derecha.

MONCADA

Ya, ya me ha enterado éste... Francamente, Eulalia, siento que hayáis...

EULALIA

¡Oh!, no hables en plural... Yo me lavo las manos.

HUGUET, *contrariado.*

(Pues yo no me lavo más que las puntas de los dedos...)

EULALIA

Tu hija ha soltado una negativa rotunda... No podía ser de otra manera. Y el hombre salió como alma que lleva el diablo.

GABRIELA, *abrazando á su padre.*

¿Verdad, papá querido, que no podía serte agradable el sacrificio de tu hija? ¡Y qué sacrificio! Las pobres mártires arrojadas á las fieras merecían menos lástima que yo, si con tal monstruo me casase.

MONCADA

No, no temas... Jamás tu padre forzará tu voluntad.

HUGUET

(Nos hemos lucido.)

EULALIA, *á Huguet.*

¿Lo ve usted?

HUGUET, *disculpándose.*

No, si yo no...

EULALIA

Pues yo bien dije que no podía ser.

GABRIELA

Creieron sin duda que me deslumbrarían las riquezas. ¡Ay, no me conocen! Aunque las de ese hombre fueran tan imposibles de contar como las estrellas del cielo, no me deslumbrarían, no. (*A Moncada.*) ¡Qué!... ¿que nos arruinamos, que dejaremos de ser ricos? No me importa. Sabré aceptar con espíritu sereno cuantas calamidades quiera Dios enviarme.

MONCADA

Muy bien.

EULALIA, *acariciándola.*

¡Pobre cordera! Así, así me gustas. El Señor mora en ti.

HUGUET, *con ironía.*

(¡Bendita sea la pobreza, que nos hace á todos tan angelicales!)

GABRIELA

¿Verdad, papá; verdad que no me mandas casarme con ese hombre?

MONCADA, *hastiado, como deseando concluir.*

No, no; ya te he dicho...

GABRIELA

Porque si me lo mandarás, yo... te lo juró... puesta en el dilema de desobedecerte ó quitarme la vida, optaría por lo último.

EULALIA, *queriendo llevársela.*

Basta: ha sido una broma... de Huguet. Yo me alegro de ver tu firmeza de carácter, tu profunda convicción moral y religiosa... Vamos, ven...

MONCADA, *aburrido, como despidiéndolas.*

Sí, sí...

EULALIA

Iremos al encuentro de tu hermana. (*Vanse por el fondo.*)

ESCENA XIV

MONCADA, HUGUET

MONCADA

Mal os ha salido la intriguilla.

HUGUET, *desalentado.*

Sí, ya comprendes que mi objeto fué abrirte un camino, el único posible...

MONCADA

Buena fué la intención. (*Se sienta abatidísimo.*)

HUGUET, *recogiendo su abrigo y hongo, que ha dejado en una silla.*

Pues señor... (*Al despedirse.*) Dime... con franqueza: Si la conspiración hubiera salido bien, ¿te habrías alegrado?

MONCADA, *vacilando.*

Siendo á gusto de ella... sí.

HUGUET, *con ira.*

¡Lástima de...! En fin... paciencia, Juan.

MONCADA

Hasta mañana.

HUGUET

Mañana... Dios dirá. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XV

MONCADA, VICTORIA, SOR MARÍA DEL SAGRARIO

MONCADA, *que continúa sentado.*

Me parece que Dios no dirá nada...

(*Queda profundamente abstraído. Aparecen por una de las puertas de la derecha, Victoria y Sor María del Sagrario. Esta viste el hábito del Socorro, blanco con manto negro; Victoria el de novicia, enteramente blanco, y trae en la mano un*

palmito de Domingo de Ramos, labrado y adornado con flores. Moncada no nota la entrada de las dos mujeres, ni ellas reparan en él hasta después de un breve rato.)

SOR MARÍA

No están aquí.

VICTORIA

¿Pero dónde se han metido? (*Viendo á Moncada, creyéndole dormido.*) ¡Ah! mi padre... Chist. (*Imponiendo silencio á la otra, acércase de puntillas.*) Se ha quedado dormido.

MONCADA, *viéndola á su lado, con viva sorpresa.*

¡Ah!... Victoria...

VICTORIA

¿No me esperabas?... (*Con orgullo.*) Mira, mira lo que te traigo... Para mañana, Domingo de Ramos...

MONCADA, *muy afectado.*

¡Ah!... sí, el palmito. (*Vencido de la emoción no puede contener el llanto, y cogiendo las manos de su hija, se las besa.*)

VICTORIA, *confusa.*

Pero qué... ¿lloras?